

CABALLERÍA

MIRADA Y POESÍA

TÍTULO: *Naturaleza muerta*
AUTORA: Gabriela Cantú
Westendarp
EDITORIAL: UANL
AÑO: 2011

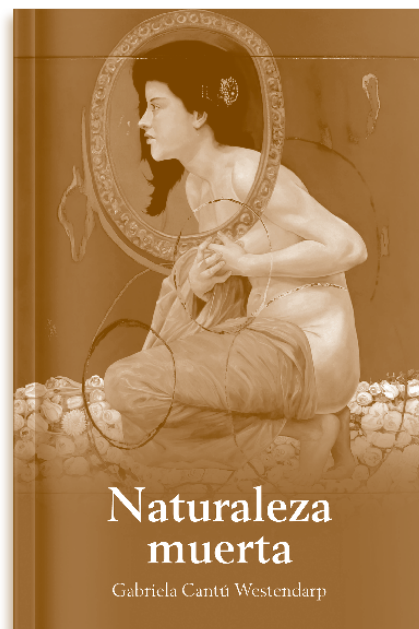
Con la reciente publicación de *Naturaleza muerta*, una hermosa edición ilustrada por el artista plástico Salvador Díaz, la poesía de Gabriela Cantú Westendarp se adentra en la contemplación y hace de la vista el principal sentido de su escritura. Antes, la poeta había recorrido con soltura la exploración de otros sentidos: el tacto, el olfato, el gusto. Sus creaciones delineaban cuerpos y evocaban encuentros. Ahora, la voz poética se recrea, incorporando aquellos elementos, en la observación y de ahí parte hacia otros niveles de conciencia y percepción. La naturaleza muerta es un ejercicio plástico: el traslado al mundo interior de las cosas que nos rodean. Hay en ella una intervención humana: los objetos son colocados cuidadosamente, tomando en cuenta sus dimensiones y colores, para formar una peculiar escena (a pesar de contar con elementos similares, ninguna naturaleza muerta es igual a otra). El nuevo libro de Gabriela Cantú es, así, una nueva manera de crear poesía.

La primera parte del poemario, “Bodegones”, es, al mismo tiempo, ejercicio plástico y concreción poética. Los objetos están dispuestos para

evocar sensaciones y desplazamientos. Una cereza remite a los labios, el jugo de arándanos a un cuerpo sobre la mesa (otra forma de naturaleza muerta); los desdoblamientos se engarzan hasta conformar un gran poema vasto y heterogéneo de largo aliento. Es el enfrentamiento a diario con lo trascendente, el súbito encuentro con la detonación poética.

Me voy a concentrar en
la línea que nos divide:
de un lado las manzanas
del otro
las peras.
Frente a la mesa
cada tarde
decimos que todo va bien
—que estamos ahí—
pero lo cierto es que
cada quien en su bosque
con los tejones, los conejos
las Alicias corriendo
los relojes dando los segundos
esperamos la llegada de la
[noche
—el sueño—
que nos salve de tanta imagen
de tanta gota que colma el
vaso.

El procedimiento parece cambiar con esta fuerza óptica, como si la



mirada pudiera no sólo contemplar los objetos, sino manipularlos (a la manera de un bodegón) y hacer con ellos algo más. Esta primera parte confirma una precisa ejecución verbal. Estamos ante una voz madura, que hace de la descripción artificio, y de los objetos y tonos lumínicos una palestra de expresiones. Algo similar acontece con “Flores”, la segunda parte del poemario. De nuevo estamos ante otra forma de naturaleza, pero aquí aumenta el riesgo. Las flores conjuran pasiones y amores, cambian en cada hora del día, como si se alimentaran de diversos tipos de sustancias. Su cultivo se acerca a los misterios de la creación poética. Deben ser atendidas con mano sabia, que sepa regarlas y podarlas. Y así lo sugiere la voz poética:

Hubiera sido mejor dedicarme
[al oficio de
Florista. Acomodar tulipanes,
[recortar acacias,
Buscar nubes como follaje.
[Pero eso de seguir
El instinto, de obedecer los
[signos que marca el
Cuerpo. Eso que los restos del
[café señalan trae
Una larga cuenta por pagar.

La planta se transforma en cuerpo, y éste en la representación de la vida, con sus miserias y pasiones, sus misterios y su lógica implacable. El mundo gira en torno suyo, los planetas se alinean siguiendo su torrente sanguíneo. Pero la conciencia de la pérdida (de la mortalidad) lo hace vulnerable y delicado, como los pétalos de una flor, cortados por un caprichoso destino que juega a ser deidad. Y es entonces cuando ese precario organismo se convierte en el espacio de la enunciación poética. La poesía surge de esa conciencia a la vez falta y dinámica. Muerte y vida: unidos en el goce erótico y en la evocación de la pérdida.

Evoqué la ausencia. Ella se apodera de la tercera parte: “La memoria también está hecha de olvidos”. El paso implacable del tiempo, el deterioro que trae consigo, aniquilan poco a poco la vida, pero a la vez alimentan la memoria: la gran épica de nuestra condición humana.

Y entonces sacaron la mesa,
[las sillas de forro
verde, la lámpara apagada, el
[bastonero de mi
padre, el cuadro de las flores;
[todo corría por
el pasillo: los cuchillos, las

[cacerolas. Todo se
lo llevaron.
Estuve varias horas sentada
[en un sillón viendo
el vacío que era cada vez más
[grande.

Lo único que puede llenar ese vacío son las palabras: la pérdida precede a la creación, así como el olvido a la memoria.

De esta manera, los elementos entran en el alambique de la percepción literaria: nuestra contemplación de ellos se alarga, se oscurece. Aparecen ante nuestros ojos como objetos nuevos, latentes. Un armónico y trepidante desfile de palabras les insufla vida. Es poesía de estaciones, de horas extremas (el crepúsculo y el alba; la medianoche y la madrugada), de placeres ocultos. Cambiante como la marea que cubre y descubre a los arrecifes. Como si las palabras se elevaran con el impulso de la sangre, con la radiación solar, y luego descendieran con la suavidad de las olas, con el ritmo nostálgico de la lluvia.

La fluctuación crea, sin embargo, una armonía que va más allá de cualquier intento de racionalización. En lugar de explicar los poemas, escucharlos latir en las páginas. La memoria se transforma en creación, en un universo peculiar que, en cierta manera, vence al tiempo y trasciende al olvido.

“Esta casa tiene demasiados escalones” es la cuarta y última parte del libro. Es un poema extenso que transforma el entorno hogareño en reinos separados con mundos individuales (historias y conocimientos propios). El punto

de encuentro de esta constelación de espacios es el cuerpo de la voz poética. Aquí la poesía se apoya en el espacio para efectuar su comunicación. Estar en lugar de ser. La diferencia es sutil, mas fundamental:

El trayecto de un reino a otro
toma su tiempo,
subir o bajar es un camino largo,
el caracol exige esfuerzo,
la tensión sube,
el peso se acumula
y los músculos se hinchan
como bolsas de agua hirviendo.

La casa como ampliación de la naturaleza muerta: objetos dispuestos para la contemplación, pero también para habitarlos. Y el cuerpo como uno más de los objetos del hogar, el complemento de los utensilios, de las flores y las frutas: la gran metáfora de la creación.

Naturaleza muerta es poemario de la mirada, pero, principalmente, es manifestación nítida de las infinitas posibilidades de la expresión poética. Celebramos su aparición en un momento en donde hemos dejado de contemplar las cosas y sólo nos contentamos con enumerarlas. Gabriela Cantú Westendarp confirma con esta composición visual y verbal su destacado lugar en nuestra poesía contemporánea.

Victor Barrera Enderle



La otra realidad de los conjuros

TÍTULO: *Poemas chamánicos*

AUTORA: Iliana Godoy

EDITORIAL: Floricanto

AÑO: 2009

Frente al pensamiento socrático, aristotélico, el mundo mágico-religioso. Ante los factores del pensar, el ámbito poético, sagrado, inasible. Cielo y Tierra. Vida y Muerte. Espacios en aparente oposición. El razonamiento frente al salmo y al conjuro. ¿Dónde se alberga la zona mágica, mítica, espiritual, ese territorio que pertenece a la *sacralidad* que tanto interesó a Miguel de Unamuno y que Octavio Paz abordó en innumerables ocasiones? En esa zona intermedia, entre las dualidades terrenal y celestial, entre lo real y lo intangible, se despliega acaso la dimensión *otra*, que no puede visualizarse a simple vista en la realidad objetiva, sino que es menester introducirse como en un claro de bosque, entre la luminosidad y la penumbra, en un filamento finísimo, como esa imagen paciana del poeta —o chamán— caminando con los ojos vendados a la orilla del abismo. Sólo a través de rituales, de ceremonias y de cultos puede tenerse acceso a esa región, sólo mediante la experiencia personal,

con la apertura de los sentidos, del espíritu, de la entraña misma que resguarda nuestra esencia.

La cotidianidad tan burda en que vivimos nos ofrece vacua completud, transitamos en una espiral absurda, que de pronto nos hace sentir plenos y en un abrir y cerrar de ojos también vacíos. ¿Cómo penetrar en la zona en que puede percibirse o vislumbrarse lo *otro*, un sentido distinto, un rostro no profano de las cosas, aquello que otorga un significado diferente a la existencia? Para mí, hay dos momentos mágicos en el diario vivir: el instante del alba y el del crepúsculo, es decir, el orto matinal y el vespéral. Pero también existe ese paraje al que los griegos llamaban *inframundo*, acaso ese umbral de la mente o del alma —tan caro a Mircea Eliade o a René Guénon—, que nos permite adentrarnos en ese puente que conduce a la caverna perpetua donde se develan los misterios y donde abrevan los iniciados. Por algo el laberinto o la caverna son constantes en los estudios psicológicos y antropológicos, como lo refiere Gaston Bachelard, entre otros.

¿Qué decir del chamán, de ese ser especial que tiene contacto con un terreno ajeno, extraño, pleno de enigmas, de interrogantes, y al cual puede llegarse únicamente por el rito, el canto, la palabra y todos aquellos elementos que conforman una alquimia para acercarse a la divinidad? No cabe duda de que los chamanes son seres que han tenido revelaciones, que han accedido a un ámbito distinto, más complejo, y han alcanzado otro nivel de conciencia que los transforma en seres más sensibles y abiertos a todo aquello que el entorno les muestra y les prodiga. Ancestral saber, memoria antropológica, inconsciente colectivo, toque divino, misticismo. Acaso todo esto los conduce a penetrar en el universo simbólico, en la vía para develar el enigma de la vida. Lo que los filósofos y otros pensadores sensibles denominan el vacío, la Nada, y que provoca la angustia metafísica.

¿Qué decir del poeta, del vate, cuya poesía se nutre de la existencia, que también es sagrada? Justamente el mito y el símbolo rescatan la memoria, echan mano

de la tradición y conservan la transhistoricidad del misterio. El poeta logra alcanzar el ámbito sacro a través de la Palabra cuando se atreve a internarse en los dédalos del conocimiento sensible, a situarse en el espacio y el tiempo con el propósito de enfrentar la realidad asumiendo la memoria. Y también el poeta, como el chamán, tiene sus propias revelaciones y llega a conocer otras regiones a través de la sensibilidad y la percepción e intuición del mundo. Octavio Paz hablaba del fluir inagotable del murmullo, con respecto a la inspiración, y se refería a ésta como: demonio, musa, espíritu, genio; o bien, como algunos la nombran: trabajo, azar, inconsciente o razón; el duende de García Lorca, la Diosa Blanca de Robert Graves. Lo que sí puede afirmarse es que el poeta se interna en esferas más allá de la realidad, deriva en otros espacios y hace un recorrido por el tiempo.

En su obra lírica, Iliana Gogoy ha pretendido introducirse en la dimensión sagrada al asumir el riesgo. Por supuesto que los lectores que la hemos acompañado en su recorrido sabemos de su búsqueda de lo inefable, de lo inasible, de lo espiritual, de lo metalingüístico, del Verbo o Logos. Pero no conforme con ello, ha querido introducirse en una ladera de la *otredad*, en el universo chamánico, para recibir una iluminación especial. Nos dice: “Estoy del otro lado./ vengo de atravesar el ojo de la aguja./ Se dice fácil/ haber cedido inerme/ a la hipnosis del cíclope”. Iliana asume aún más el compromiso y se acerca a un mundo desconocido para muchos.

Se acerca al chamanismo, *in situ*, de forma vívida. No es fácil. Tuvo que prepararse durante años para poder conocer, comprender, sentir, vibrar, vivir la experiencia chamánica en su propia piel.

Y así es capaz de hablar de ciertas entidades como Tepoztécatl, Cihuatlampa, Wiricuta, Tlayacapan, los Temazcales; o bien, de Teonanácatl, de los Graniceros y de los Concheros; pero además del Árbol de la Vida, del cráter del volcán, de flamas y nieve, de los elementos primigenios en un cáliz, en “vasos de alquimia”, donde se descubre, dice Iliana, un “éter lunar”. Todo ello a la luz de la hoguera, envuelta en aromas de copal, que simboliza la emanación del espíritu divino y aleja las fuerzas malignas. Y vivimos la sombra, la umbría, la negrura, contraluces, umbrales, conjuros. Danza, Trance, Voz, Luna. Círculos astrales. Vastedad. La palabra de Iliana resuena:

Se abre el hígado humeante
[del planeta.
Toda la palabra aquí cobra su
[peso,
metálica y entera busca fondo.
Sobre el caparazón de la
[antigua tortuga
los oídos presienten estrellas
[laterales.
Un vuelo a tumbos de luna
[nueva
horada la atención.

Esta revelación acaso evoca la que tuvo el sabio chino Lo-shu cuando contempla a la tortuga mítica manifestándole los números mágicos, sagrados, que determinarán el cosmogónico I Ching.

Atmósferas que se antojan sugerentes y seductoras: nubes, niebla, nieve, ámbar, flores; así como hormigas y grillos y serpientes y lagartos. Entidades espirituales, recipientes de la energía cósmica que se transforman en esa vía mística, la cual a su vez nos hermana y unifica con el Gran Todo. Y aquí podríamos evocar esos conjuros, esos salmos, esa sabiduría única de María Sabina o, más recientemente, de Carlos Castaneda. Y el venado aparece, y el peyote cobra efecto; fluye la voz de Iliana en el poema “Wiricuta”:

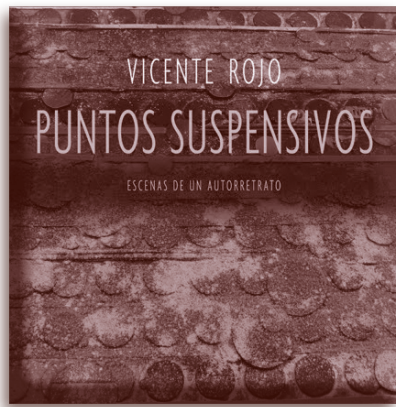
Carne azul del venado,
cuajada bilis de la tierra.
Peyote, red ventral,
arterias de esmeralda.

Ombbligo algodinoso,
esfinter de plegaria,
purifica el dolor,
acuna el miedo.

Muchas lunas le llevó a Iliana Godoy plasmar sus experiencias en estos *Poemas chamánicos*, en estas páginas reveladoras. Tuvo que vaciar su espíritu para formar un todo con el Universo. Por eso, la considero una maga, una chamana de la palabra, que nos habla de espejismos y desiertos, de constelaciones y estrellas, de elementos y lugares sacros y ancestrales. Y visito en sus líneas Real de Catorce:

Por el túnel de ánimas
con la montaña a cuestras
un silencio de adobe
[desmorona
abruptas sombras.

Silvia Pratt



TÍTULO: *Puntos suspensivos, escenas de un autorretrato*

AUTOR: Vicente Rojo

EDITORIALES: Colegio Nacional y la Editorial ERA

AÑO: 2011

VICENTE ROJO: *creador de imágenes*

Artista que ha explorado nuevos caminos en la plástica. Voz cargada de significantes, de color, de formas que se niegan al reproducirse, de laberintos misteriosos, de volcanes y códigos crecidos en un sueño que se construye, que vibra; voz que reflexiona, que deja finalmente la obra frente al espectador, abierta a otros espacios imaginados por éste, a nuevos cauces. Integrante desde los años sesenta, —los años de la generación de la ruptura—, de este grupo de jóvenes: talentos que cuestionaron el quehacer artístico que entonces se debatía ya en círculos viciosos y lugares comunes; que abrieron otras rutas, que también, y el tiempo lo confirma, son nuestras, se ha significado por su trabajo incansable y sus aportes generosos a la cultura. Formado al lado de grandes maestros de la tipografía y el diseño —Miguel Prieto, español que vivió entre nosotros, fundador de la inolvidable *Romance*, fue su maestro—, concibió otra manera de ver, de diseñar, porque “...yo nunca he querido trabajar en publicidad, nunca he querido vender cervezas o llantas”. Con las herramientas elementales y las consecuentes limitaciones, elaboró una obra gráfica que es reconocida por todos. Vicente Rojo

está siempre presente en las mesas de trabajo y en la formación de libros, de revistas y de suplementos culturales. En la imprenta. Sus diseños llenan todo un tiempo para muchos de nosotros, en la cultura tipográfica. Es una referencia obligada en las artes gráficas mexicanas. “Me da mucha tristeza que el compás y las escuadras ya hayan desaparecido para los diseñadores gráficos...”, dice al evocar sus inicios, y señala que hoy el avance vertiginoso de la tecnología produce un gran compromiso en los actuales diseñadores, que deberán dominar la máquina para desarrollar sus posibilidades y enriquecer así su obra.

“Creo que el origen de todo mi trabajo está en mis dos infancias. La primera, en mi natal Barcelona, hecha de experiencias que fueron bastante difíciles para mí, y la segunda, en 1949 cuando llegué a México y la vida se me iluminó. La luz me deslumbró, y ese deslumbramiento sigue acompañándome hasta la fecha. En México encontré la libertad (o al menos *mi libertad*)”, apunta Rojo en las primeras páginas de *Puntos suspensivos, escenas de un autorretrato*,

bello libro que hoy tenemos en las manos, editado por el Colegio Nacional y la Editorial ERA y que muestra en cuidadosa selección, su obra pictórica y escultórica desde los inicios. La misma, agrupada en series que el artista ha desarrollado a lo largo de los años: *Aproximaciones, Señales, Negaciones, Recuerdos, México bajo la lluvia, Escenarios y Escrituras*, se interna en una abstracción cada vez más explicable, nutrida por un color intenso cada vez más propio, y una geometría elemental que nombra y describe las formas de la naturaleza: cuadrado, círculo, triángulo, cono, cubo, esfera, que, dice, son creadas por ella y aunque pasan desapercibidas, están presentes en la vida diaria. Sostenida por su profunda sensibilidad, ha llegado en su equilibrio a una madurez en la definición del mundo que le toca al artista vivir y transformar.

De la obra que aparece impresa en el libro, sólo quiero destacar para ustedes, muy brevemente, tres series en que me he detenido emocionado y sabedor del grato encuentro que me espera siempre que miro el trabajo de Vicente Rojo: *Señales, México bajo la lluvia y Escrituras*.

Señales (1966.1972). Esta serie de pinturas aborda con planos geométricos de formas fundamentales, de texturas y de color, con marcas, hitos dejados en la piel del día, la idea de Rojo de sugerir que un signo tiene interés propio. Al recorrer los cuadros, podemos penetrar en historias dejadas al margen de las vidas, o enfrentar su misterio suspendido. El desarrollo de estas obras, sus variantes, nos recuerdan la conexión con una realidad compleja que se escribe y vibra en la tela, que nos acerca a comprender la abstracción que es parte medular en el lenguaje del artista.

En la serie *México bajo la lluvia* (1980.1989), Vicente Rojo trabaja con un recuerdo lejano, de los años cincuenta, en que “vi llover en el valle de Cholula desde la loma del Instituto Astrofísico de Tonantzintla. La lluvia estaba formada por dos cortinas de agua que caían separadas, cada una a un extremo del inmenso valle. Era una imagen poderosa y al mismo tiempo delicada, visión insólita que me persiguió durante muchos años”. La gran profusión de la línea y el color, manejados en un formato cuadrado y en un ángulo que recuerda la caída del agua, hacen de esta serie una de las más bellas y más nutridas. Nos dice la luz, el viento, la noche y el día, pero también el color trenzado en las telas de los pueblos de México. Aquí alza su voz la poesía, y sus altos registros nos describen la serenidad, el silencio, la eclosión del movimiento.

Escrituras (2006...). La identificación del artista con la escritura lo llevó a desplegar una nueva serie que hasta hoy lo mantiene en su desarrollo. Su formación en el diseño gráfico, hizo que se acercara a muchos escritores y a su obra literaria. Sus “textos”,

sus texturas, hablan de un desatado amor por escribir: escribir en una frase inventada, codificada por las formas y los colores, trasvasada a ellos, desplegada en composiciones magistrales. Sobre tela, madera, papel, cartón, se fijan estas obras que viven, que recuerdan.

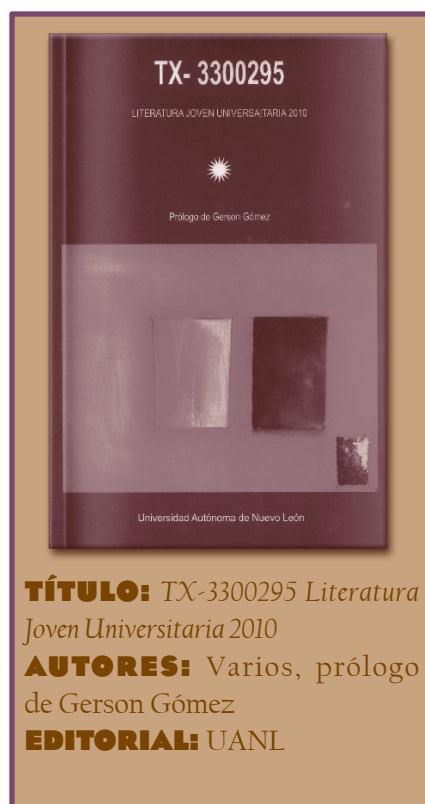
La obra plástica que Vicente Rojo ha trazado a lo largo de su vida intelectual, y que el libro descubre a los ojos, que recorren

placenteramente sus páginas, nos habla de una pasión por vivir, de un respeto por el hombre y por desentrañar los secretos de la naturaleza, y de una vocación por seguir en la búsqueda de nuevos espacios. Y la poesía —él lo ha dicho siempre—, preside y alienta sus mejores vuelos y sus días más luminosos.

Alfonso Reyes Martínez

Cosecha reciente (Una lectura de TX-3300295)

La literatura fluye en producción continua por todo Monterrey y el área metropolitana. Sus autores se cuentan por docenas. Muchos centros educativos y culturales cuentan con talleres de creación. Conaculta y Conarte tienen a lo largo del año, certámenes y programas de estímulos para escritores. Ciertamente es que no hay una historia crítica de la literatura local, tampoco un inventario de todas las obras, ni siquiera de las publicadas. Existen grandes zonas sin iluminar en el mapa creativo del estado. Como ejemplo, el registro de la novela: aún es reciente la investigación de Alfonso Rangel (*Desde el Cerro de la Silla*, 1992) que descubrió a los lectores la existencia de una producción constante de novelas noveleonesas, a lo largo del siglo XX; antes de esa investigación no



TÍTULO: TX-3300295 *Literatura Joven Universitaria 2010*
AUTORES: Varios, prólogo de Gerson Gómez
EDITORIAL: UANL

se veía la continuidad, en el ámbito local figuraban pocas novelas aisladas. Existe, además de lo ya señalado, un evidente déficit de teoría y crítica literarias.

Con todo, un conjunto de obras escritas aquí descuellan en el panorama nacional y, como dije al inicio, la producción literaria es constante y también su refinamiento. Cada día es más fácil encontrar a jóvenes escritores con

conocimiento de su oficio. Un caso ejemplar lo ofrece el libro TX-3300295 (presentado en julio de 2011), que recoge los trabajos ganadores del Certamen de Literatura Joven Universitaria 2010 (organizado por la Dirección de Artes Musicales y Difusión Cultural, UANL). A nadie sorprende que en él predominen los autores que estudian en el Colegio de Letras, que ha sido y es un semillero de escritores notables, como ningún otro colegio o escuela regional.

Los nueve autores reunidos en TX-3300295 tienen en común muchas cosas, además del ámbito universitario, el certamen aludido y el hecho de ser muy jóvenes: Se trata de lectores que han asimilado diversas maneras de la ficción (entonaciones, reglas de construcción, etcétera); son jóvenes que se prueban como escritores (pusieron en marcha un proyecto, escucharon y reelaboraron sus voces, propias o calcadas de modelos); son autores que dialogan con formas genéricas de la literatura y con otras

la memoria, del afecto, etcétera; son jóvenes que se adentran en el campo literario (constituido, ancho y ajeno), y se crean en él un espacio propio, legitimado por un jurado (Gerson Gómez, Nérvinson Machado y Ángel Sánchez) y por la edición de sus trabajos en el libro que ahora comentamos; son escritores jóvenes, en suma, que buscan la verdad y la belleza (de su propio tiempo, de su vida, del mundo creado o aludido en el texto). “Voy a rescatar de mi facebook / el amor que me dijiste tener” (p. 87).

El libro está dividido en dos bloques: cuento y poesía. “TX-3300295” de José María Cantú Serna, el primer cuento del libro, narra la historia de un imprudente accidente en la fábrica del “sartén mágico xtra liso” y el cumplimiento amañado de la legislación laboral. En un segundo plano narra la historia de uno de los sartenes, desde el prensado de una placa metálica a la que se da forma de sartén, hasta que la pieza es adquirida en el mercado e inicia su vida doméstica. También narra la vida de algunos personajes.

Conviene decir que el interés del cuento

notable es el desajuste en el tiempo de la historia contada, con saltos hacia atrás y hacia adelante, que inicialmente no se percibe como tal. Desde el inicio, el narrador entra y sale del interior de los personajes, presenta sus pensamientos y deseos, y en otros pasajes sólo registra su exterioridad, de manera que se conozcan por lo que hacen y dicen. Los diálogos son importantes, porque además de caracterizar a los personajes y su comprensión del mundo, avanzan la historia y el tema del relajamiento en el cumplimiento de la legislación laboral, en la contratación y posterior protección contra accidentes de trabajo. Es evidente la economía y habilidad con que están mezclados fragmentos de vida, tranzas, emociones y registros tan distintos como el de la cita periodística y el de la vida psíquica de los personajes; son evidentes la comprensión del tema que logra el escritor y su habilidad para exponerlo a través del mundo personal y social de los personajes. La cita periodística final (tomada del periódico *La Jornada*) sobre los cientos de miles de accidentes laborales en México, sólo confirma a otro nivel lo que el cuento expuso antes sin salirse del marco estrictamente literario en el que fue escrito.

En sus declaraciones a la prensa, el día de la premiación (*El Porvenir*, 28 de Septiembre de 2010), José María Cantú Serna y Melody Lizeth Cortés González (primer y segundo lugar en cuento) apelaron a la experiencia como fuente y base de sus cuentos. Dijo José María Cantú: “Una vez escuché a alguien que dijo que hay que escribir de lo que conoces, y como de chico me tocó jalar en una nave industrial, en una maquila de



disciplinas como la música popular y el cine; son exploradores de textualidades que ahondan en su propio yo o se alejan de él, con ayuda de la ficción; también con la ayuda de la ficción, enfrentan los supuestos del realismo, de la identidad, de

está tanto en la historia como en la manera en que está contada: es decir, tienen mucho peso el tramado de los sucesos, la estrategia narrativa utilizada y la configuración del tema. Un rasgo

cajas y en una empresa de recursos humanos, quería hacer un cuento completamente cotidiano”; y Melody Lizeth Cortés, dijo: “El cuento nació a raíz de una vivencia personal, de alguien allegado, de lo que padece una persona con esquizofrenia”. En la práctica, José María Cantú se ciñó enteramente a las convenciones del realismo, no así Melody Lizeth Cortés, que estableció momentos de imprecisión a lo largo de su obra.

“El precio de la libertad” de Melody Lizeth Cortés es un cuento oscuro de locura y crimen. La historia es narrada por el personaje Clarisse, situada en el siglo XVIII, en un país que no se especifica, pero a partir de los nombres de los personajes podemos pensar que se ubica en Inglaterra o una zona boscosa de Estados Unidos. Esa distancia espacio-temporal favorece la credibilidad. Clarisse cuida a Ann, su hermana desequilibrada que escucha voces de los muertos que la llaman. El relato de Clarisse contiene elementos que pueden alterar la veracidad de lo que cuenta; considérense como ejemplos: el reloj en el buró, que puede verse en la oscuridad (objeto moderno), y el hecho de que a pesar del aislamiento en que dice vivir, no falta en la cocina con qué hacer en cualquier momento postre de limón y pastel de fresas. “El precio de la libertad” es lo suficientemente ambiguo, que puede leerse de dos maneras distintas: ¿es el relato de una loca o hay un elemento fantástico activo, como sugieren los últimos párrafos? Incluso, si se fuerza un poco la narración, cabría una tercera lectura, en la que todo es un sueño de Clarisse.

“No creo en el destino” de Alfredo Iván Mata Noyola, es sobre todo la recreación de la voz (la oralidad como principio estructurador) y la percepción de un taxista, su narrador, que evoca la historia de un compadre que aparentemente lo tiene todo, y lo pierde todo porque no puede sobreponerse a la adversidad.

Los restantes 3 cuentos del libro no son realistas. “La tejedora” de Sandra Carolina Higadera Ramos, es una historia extraña, narrada con elementos de sueño, en cuyo centro se gesta un hecho insólito que revela sus dimensiones poco antes del punto final.

“Semillas blancas”, de Mario Nicolás Castro Villarreal, debe mucho al cine fantástico (ejemplo *Déjame entrar*, 2008) y al cómic. Narra la relación de una mujer solitaria y una criatura monstruosa. Contiene acción, violencia familiar y de género, crimen, blasfemia, y ofrece la solución del convento a la mujer solitaria que ha sido superada por las circunstancias. “Semillas blancas” contiene todos los ingredientes para convertirse en un buen guión para novela gráfica.

“El hombre del sombrero blanco” de Mayra Jocelín Martínez Martínez narra con ironía el encuentro sexual del hombre del sombrero blanco y una mujer, en lo que parece ser, más que un cuarto de hotel, un texto consciente de su estructuración.

Ricardo Ovalle García ganó los 3 primeros lugares de poesía, con 3 conjuntos de poemas distintos. *Grandes tracs fáciles de olvidar*, ganador del primer lugar, está formado por una docena de poemas cortos, de verso libre, presididos por el poema “Ay poeta”

de Ricardo Ariza, como epígrafe. En conjunto son poemas de amor, con intencionalidades muy definidas. Un valor que caracteriza a la poesía de Ricardo Ovalle es la intensidad de los afectos, en situación de conflicto. También la caracteriza su inmersión en el mundo social: los poemas crean un yo de ficción que pertenece al mundo de hoy (utiliza Facebook, tiene Ipod, escribe un blog, etc) y su lenguaje, que a un tiempo construye el estado en crisis donde se mueve el yo protagonista, y teje una red de referencias (además de las citas explícitas de canciones y diálogos de películas que acompañan a cinco de los poemas). Si pregunto, pongamos por caso: ¿cuánto Joaquín Sabina hay en algunos versos de Ricardo Ovalle? La respuesta interesa en la medida que las entonaciones y ritmos de Sabina dan color a los versos de Ovalle, y en los aciertos perceptibles que resultan de la integración que Ovalle lleva a cabo en sus propios poemas de aquellas construcciones verbales, entonaciones y ritmos. El yo construido manifiesta su angustia de muchos modos, expresado en un lenguaje muchas veces directo y brutal, capaz de violencia de género, incapaz de enunciar y establecer armonía en su relación con la mujer que desea y/o ama. Conviene que presente algunos ejemplos:

De conflicto:

Luego yo
de burdel en burdel,
buscándote Eva entre humos
[y braguetas desconocidas
con una rosa de plástico entre
[las manos.

De violencia de género:

Ayer escribí un poema en la
[esquina de tu casa:
“la Lupita ya coge”

Los 3 conjuntos de poemas de Ricardo Ovalle tienen más de un elemento en común. Si para probar lo anterior cambio de lugar el poema “La melancolía se divierte en un baile masivo de Bronco” que forma parte de *Todos los poemas que no se quieren leer*, y lo coloco en el poemario anterior, *Grandes tracs fáciles de olvidar*, encuentro que ahí también encaja bien. Comparten los 3 conjuntos el tema del amor en conflicto del que hablé antes, y la preferencia de su autor por los títulos sorprendivos. *Brevísima introducción a la nostalgia* contiene los poemas más breves, y por lo mismo, despojados.

Solitaria, de Liliana Iveth Luna Flores, desarrolla en cada uno de los 14 poemas que conforman su poemario, un yo lírico tal vez excesivamente severo consigo mismo y con todo su entorno. Ese mismo rigor lo aplica Liliana Iveth Luna en el control del material lírico, produciendo poemas pulcros, con intencionalidades y efectos directos.

Como Ricardo Ovalle y Liliana Iveth Luna Flores, en *Volver a los días* Alejandro Moreno Guajardo construye un universo lírico propio. En él están registrados sin dolor experiencias y ensueños. Los poemas portan el sentimiento sutil de la tristeza melancólica del recuerdo, resuelta en imágenes como las siguientes:

Los árboles inclinan sus
melenas e intentan partir con

[el viento.

La oscuridad de la noche era el
[fracaso de los astros.
El cielo parece un enorme
[hoyo, una casa sin tejado.

Como señalé al inicio de esta reseña: La literatura en Monterrey y su área metropolitana existe en permanente evolución y transformación; TX-3300295 da cuenta de cómo algunas variedades del poema y del cuento se adaptan y desarrollan a través de sus autores, en un ámbito universitario, en tiempos de crisis. No podemos saber quiénes de entre los 9 autores recogidos en este libro persistirán en el campo literario; hoy, sus obras ejemplifican lo que los jóvenes escritores locales son capaces de alcanzar.

Agustín García Gil



DE VENTA
EN LIBRERÍAS
DE PRESTIGIO



DE LA SERIE LOMOGRAFÍA (II, EN CRISES) / FOTOGRAFÍA 120 MM

